

Seis minutos después, el campanero estaba delante del al-

calde.

—¿Por qué has torcido á rebato? dijo este.

—Porque aquí se nos ha metido el infierno, contestó Casa-
tones, y no hay que decirme que no, que todavía me están zun-
dando en los oídos los venablos; me parece que oigo el estru-
do de la pelea y el son de los clarines y el alarido de los que
caían, el rechinar de los caballos y el crujir de las armas, como
que esto ha sido la fin del mundo.

—Pero, señor, exclamó el rico hombre de Vellilla, ¿cómo
puede ser eso, si no hay en el pueblo un solo diluio, ni un solo
herido, ni se ve por el suelo una gota de sangre?

—¿Y cómo diréis por nada de eso, contestó Castorines, si
está oscuro?

—También es verdad, dijo el alcaide; sabe Dios la curmuerita
que habrá quedado por esas calles; con que á buscar luces, si es
que los vecinos, como yo he mirado, se han traído las llaves
de sus casas.

Poco después, no se veían más que luces aquí y allá por el
pueblo, pero invariablemente se buscó ninguna señal del combate.

Esto no obstante, nadie pudo convencer á los vecinos de Ve-
llilla de Valdemorilla de que no habían sido víctimas de una
tracción y de que no se había dado dentro de las tapas de su
villa una treta y curiosa batalla, no se sabía por quién.

ellos mas peores, y se volvió sin tener con quien combatir, por-
que aquello dicen que tiene miedo y ástima de valor; ya se ve
como que Dios los castiga por haber venido á poner villanamen-
te en espíritu á una tan buena reina como la nuestra; pero no
pasais, hidalgos!

—No por cierto; porque estoy esperando aquí á una muy
noble señora, dama de la reina, que viene por asuntos particu-
lares á Mayorga.

CAPITULO XII.

—¿Es decir que su señoría viene á la villa?
—Que una dama de la reina venga á Mayorga, no quiere
decir que vaya de venir la reina; su señoría se está en Valladolid,
y que es una fuerte, esperando á que vayan á cercarla los por-
tugueses, aunque estos señores se mirarán bien en lo que hacen.

DE LO QUE PASÓ EN LA PUERTA DE SAN PEDRO DE MAYORGA MIENTRAS
LLEGABA DOÑA JUANA NUÑEZ DE LARA.

que creen que va á encumbrar, pues por ella Dios, más de uno
—Ya lo estamos viendo en lo que Dios ha hecho con los de
Aragón; pero no queréis pasar á un aposentillo que yo tengo
aquí cerca de la guardia? ¿Vuestros soldados pueden entrar tam-
bien y quitarse del sol, que pierden demasiado, bajo los reportales.
—Que me place, dijo Zancudo, después de que tanto se

Zancudo adelantó gran trecho de camino sin encontrar obs-
táculo alguno, y envió á uno de los ginetes á decir á doña Juana
que podía adelantar sin cuidado.

Y así, enviándola de trecho en trecho un ginete, llegó hasta
la puerta de San Pedro de la villa de Mayorga, que estaba abier-
ta de par en par, y no con gran guarda, como si nada hubiera
que temer.

—¿Qué es esto? dijo Zancudo al cabo de la guarda de la
puerta: ¿tan de prisa se lleva el diablo á los aragoneses, que así
tenemos abierta la villa, y entrando y saliendo gentes de ella
como si tal cosa, y no se da el alto á la gente de armas que llega?

—Bah! contestó el cabo, los aragoneses son pan comido;
hoy salió contra su campo, que está en Valdemorilla, el rico
hombre Diego Ramirez de Cifuentes, con pocas lanzas y no mu-

chos mas peones, y se volvió sin tener con quién combatir, porque aquello dicen que mete miedo y lástima de verlo; ya se ve, como que Dios los castiga por haber venido á poner villanamente en aprieto á una tan buena reina como la nuestra; ¿pero no pasais, hidalgo?

—No por cierto; porque estoy esperando aquí á una muy noble señora, dama de la reina, que viene por asuntos particulares á Mayorga.

—¿Es decir que su señoría viene á la villa?

—Que una dama de la reina venga á Mayorga, no quiere decir que haya de venir la reina; su señoría se está en Valladolid, que es mas fuerte, esperando á que vayan á cercarla los portugueses, aunque estos señores se mirarán bien en lo que hacen, no sea que Dios les envíe la peste que los aniquile como á los aragoneses; la reina tiene muy buena estrella: cuando le faltan los hombres, y todo la combate, y sus enemigos se alegran porque creen que va á sucumbir, pelea por ella Dios.

—Ya lo estamos viendo en lo que Dios ha hecho con los de Aragon: ¿pero no quereis pasar á un aposentillo que yo tengo aquí cerca de la guarda? Vuestros soldados pueden entrar tambien, y quitarse del sol, que pica demasiado, bajo los soportales.

—Que me place, dijo Zancudo, además de que tengo sed y algo de apetito, y ya habrá por aquí alguna tabernilla de donde nos traigan de beber y de comer: ¿no os parece bien, amigo Zurdo? añadió dirigiéndose al herrador, del cual no se separaba, y que estaba en su cuartago con Jusepillo á la grupa.

—A mí me parece bien todo lo que decís, contestó el Zurdo, porque sois un hombre muy razonable.

—Ea, pues, adelante, dijo el cabo de la guarda, y quitémos de este resistero.

—Adelante, amigos, dijo Zancudo á las cuatro lanzas que le quedaban, porque las otras cuatro habian ido sucesivamente á decir á la Palomilla que podia venir sin cuidado. Poneos á la sombra bajo los soportales, que allá os enviaré yo algo con que os entretengais; vos, Miguelo, veníos conmigo.

II.

Inmediatamente detrás de la arcada de la puerta, en medio de la cual se veia suspendido un fuerte rastrillo, habia una pequeña plazuela, en la cual empezaban tres estrechas calles; dos, una á la derecha y otra á la izquierda, que correspondian á la ronda interior del muro y otra al frente.

Por la parte de adentro se veian dos fuertísimos cubos unidos sobre un arco por un lienzo de muralla almenado y con matacanes; á la derecha habia una fuerte casa de piedra, almenada tambien, como formando parte de la defensa interior; en la parte baja de esta casa habia unos anchos soportales, donde se guarecieron del sol, que verdaderamente era ardentísimo, los soldados de Zancudo; á la izquierda unas casuchas, en el piso bajo de una de las cuales estaba el aposento á que habia invitado á que pasase á Zancudo, el cabo de la guarda; bajo los soportales habia ocho ballesteros tendidos, durmiendo á pierna suelta, con las ballestas arrimadas á la pared; bajo la arcada y guarecido á la sombra de ella, un ballestero de guardia, con la ballesta entezada ó armada, que tan pronto estaba de pié, como paseaba ó se sentaba en uno de los largos poyos de piedra que se estendian á uno y otro lado de la arcada.

El servicio de centinela no era entonces tan rígido como ahora; además, en las almenas de la parte exterior de la puerta habia otro vigilante.

La estrechez de aquella plazuela irregular, las dos torres de la puerta, las altas paredes de las casas, la soledad, el silencio, el calor, hacian de todo aquello un conjunto sombrío, árido, triste; no pasaba nadie; verdad es que se iba acercando la hora de la siesta y el sol era terrible.

III.

Echaron pié á tierra Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, ataron los caballos á una reja de madera, y entraron en el aposento del cabo de la guarda, que no tenia mas mueble que una mesa en que habia un tintero y algunos pedazos de papel moreno y muy ordinario, como que se le podian contar los hilos, y un banco largo, negro y grasiento.

Zancudo se sentó junto á la mesa, y sin pedir permiso, tomó uno de aquellos pedazos de papel, y escribió lo siguiente:

«Señor caballero del Aguila Roja, mi capitan. Acabo de llegar de vuelta de Valladolid, y escribo en la guarda de la puerta de San Pedro, de la que no puedo moverme hasta que llegue cierta persona que conmigo desde Valladolid se ha venido, y que se interesa mucho por vuesa merced. No os digo ahora quién es esa persona, porque ella misma os lo dirá muy pronto; únicamente puedo decir á vuesa merced que tiene mucha fortuna, de lo que me alegro. Estoy con gran cuidado por la salud de vuesa merced, y envio con esta al buen Miguelo para que me traiga una contestacion. Guarde Dios y alivie á vuesa merced como lo han menester sus soldados.—Zancudo.»

—Miguelo, dijo Zancudo cerrando esta carta y entregándola al soldado, á ver si en dos trotadas llevais esta carta al capitan y volveis por el aire.

El soldado tomó la carta, revolvió su caballo y se metió al trote por la callejuela situada al frente de la puerta.

IV.

—Perdonad, amigo, dijo Zancudo dirigiéndose al cabo de la guarda, el que sin pedirnos venia os haya tomado papel y haya escrito; urgía y yo soy así, no guardo cumplimientos.

—Todo lo que hay aquí y mi persona es vuestro, dijo el cabo, porque desde que os he visto me habeis parecido bien.

—Muchas gracias, dijo Zancudo.

—A Dios sean dadas, contestó el cabo.

—Vos habeis sido fraile, saltó Zancudo.

—Sí y no, contestó el cabo, porque he sido lego de San Agustin, no aquí, sino en Valladolid; pero vi un dia á una dueña fresca y rolliza de veinticuatro años, que acababa de quedarse viuda; nos tropezamos, nos hablamos, supe que ella tenia alguna hacienda y que habia ido á un pleito á Valladolid; no conocia á nadie, la ofrecí valerla por los conocimientos de mi padre, que era un religioso grave de mucho respeto, y sirviéndola y tratándola y habiendo ella ganado el pleito por los buenos oficios de su paternidad, agradecida la mujer y enamorada quiso casarse conmigo, y como yo no tenia voto y era un motilon, pedí á su paternidad licencia, que me la concedió, y que luego nos echó las bendiciones y nos regaló, y con esto nos vinimos á Mayorga, de donde es mi mujer, y lo pasamos bien con su hacienda, y tenemos una tienda de mercería, y yo no soy soldado, sino que como nos cercaron los aragoneses y fué menester que todos arrimáramos el hombro por nuestra buena reina y por el rey nuestro señor, que no tienen quien los valga si sus vasallos los abandonan, me puse al cinto una espada y cogí la ballesta, y como tengo algo qué, y pago buena martiniega¹ y buenas tercias, me hicieron alferez de las milicias de la comunidad, y aquí me teneis, que me he dado mas de tres veces de porrazos con los aragoneses, y que ahora que ha pasado ya el susto, porque los aragoneses se mueren, estoy guardando tranquilamente la puerta de San Pedro por si acaso, que en verdad en verdad, ya no hay cuidado. ¡Y á mí que me parece que os he visto alguna vez revuelto á lanzadas con los de Aragon!

—¡Alguna vez! ¡bah! no tiene nada de estraño que solo me hayais visto alguna vez, porque vos no habeis estado mucho entre los aragoneses.

¹ Tributo que se pagaba por San Martin.

—Mas de lo que hubiera querido, porque en verdad, mercader á tu mercadería, y el que la arma que la desarme, si bien es cierto que cuando la patria está en peligro, todo hombre honrado debe arrimar el hombro para que la patria no se caiga. Y mirad, aunque yo nunca he sido soldado, no soy de los que mas se espavientan; y dadme á mí que ahora vinieran enemigos sobre la puerta y veríais lo que yo tardaba en alzar el puente y en calar el rastrillo y en defenderme á ballestazos desde las almenas, y garras habia de tener el que por la puerta se me metiera, que cuando hay que servir á la patria, eso sí, los ratones se vuelven leones y los leones rayos.

—Todo eso está muy bien, dijo Zancudo, y á mí me parece excelente, pero tengo tambien una escelentísima hambre y una escelentísima sed: echadme para acá uno de esos ballesteros que están ahí roncando, á fin de que nos traiga una quisicosa, así como un pellejo de vino, una espuerta de pan y una carga de tasajo, que tripas llevan piés y no piés tripas.

Sacó el alférez de las milicias de la comunidad un silbato de hoja de lata, y soltó un silbido largo y agudo, á cuyo son se pusieron de pié, como movidos por una máquina, todos los ballesteros que un poco antes yacian bajo el soportal; se apoderaron de sus ballestas, las armaron, y se fueron á la carrera á cubrir la puerta.

—Mirad si los tengo bien enseñados, dijo el alférez miliciano; en oyendo mi pito, allá van como rehiletos á ponerse enfrente del enemigo.

—Ya, ya lo veo, dijo socarronamente el alférez bachiller; todo eso está muy bien, pero el enemigo que hay que combatir aquí es el estómago, y contra ese no valen ballestas. ¡A ver, añadió con voz potente, aquí un balletero!

Como todos lo oyeron, y eran ballesteros todos, todos se fueron á la puerta del aposento.

—A ver tú, chato, dijo Zancudo á uno que tenia las narices roidas; la jara en la venablera, la ballesta al hombro, y entra; los otros á dormir.

Obedecieron los ballesteros de igual modo que si su jefe los

hubiera mandado, lo que queria decir que obedecian á todo el mundo.

Fuéronse los que sobraban, y quedóse el chato, que adelantó sonriendo de una manera candorosa, y dejando ver tras su enorme boca, una dentadura rala y aguda.

—Toma, dijo Zancudo dándole una dobla de oro de la Banda, á cuya vista se le encandilaron los ojos, no solamente al balletero, sino al alférez de las milicias; á tu buen entendimiento dejo la distribucion de esta moneda, que vale, si no lo sabes bien, treinta y nueve maravedises viejos; truécala por vino, pan y cecina; vamps á ver qué es lo que te se ocurre á tí en cuanto á la distribucion.

—¡Toma! pues eso está claro, dijo el chato, mitad por mitad vino; de lo otro, las dos partes, cecina, y la otra parte, pan.

—Muchacho, tú has conocido á Salomon, y te doy por hábil; me parece que te entrecujo yo á tí para convertirte de balletero del comun, en hombre de armas de la famosa compañía franca de los Hermanos de la Selva; pero anda, anda, que eso ya lo trataremos despues.

El balletero, se fué dando vueltas en los dedos á la dobla de la Banda, que no cesaba de mirar con codicia.

—¿Con que vos sois, dijo el alférez de las milicias, uno de esos fieros ginetes de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Soy, respondió todo hinchado Zancudo, como quien no dice la cosa, alférez de la compañía.

Figurémonos que está hablando un bigotudo alférez de coraceros, con un alférez de blanquillos de la milicia nacional, y hallaremos la situacion respectiva en que se encontraban colocados los dos interlocutores.

Zancudo era todo soberbia y todo desden, y el alférez de las milicias, todo humildad y todo encogimiento.

—Vaya, vaya, dijo, y qué bien que habeis batido el cobre los de la compañía franca.

—Si algo hay que á mí me irrite, dijo Zancudo, es que la peste negra haya tomado por su cuenta á los aragones, porque así van á decir esos fanfarrones que no hemos sido nosotros los

que los hemos vencido, sino Dios, y sabe bien Dios que sin que la peste negra hubiera caído sobre ellos, ya éramos nosotros, los de la compañía franca, bastante peste para que de día en día se hubiesen ido quedando tamañitos, y no quedára por fin uno para contarle; pero lo que Dios hace, está bien hecho, y hay que tener paciencia. ¿Y qué se dice de esos perdonavidas?

—¡Callad, señor alférez, callad, que da compasion! contestó el miliciano: toda esta mañana no han hecho mas que salir frailes, porque aquello anda muy malo: hasta ahora la peste habia respetado á los ricos hombres y á los próceres aragoneses, pero ya no respeta á nadie: dicen que el infante don Pedro está muy malo: que no puede decirse que andan de pié y medio sí y medio no, mas que don Gimeno de Urrea, el infante don Juan y el infante don Alfonso.

—¡Lástima que no los partiese un rayo! Pero esto es cosa fuerte, señor, se les tiene ahí amilanados, y á nadie se le ha ocurrido ir á prender á los tres infantes y á los ricos hombres de Aragon, que están en la hueste; pero nunca es tarde para obrar bien; en cuanto llegue la persona á quien vengo precediendo y visite á mi capitán, y le estreche la mano, hago sonar las trompas en mi campo, junto á mis buenos ginetes, me voy sobre Valdemorilla, y al que no esté apestado, le cojo y me le traigo atado á la cola del caballo, que la peste mata á los pelaires, á los pobres, pero nunca se mete con los caudillos, eso está probado. Pero ¡diablo! aquí está el chato, con tres ganapanes que no pueden con lo que traen: si no hay cosa mas socorrida que una dobla de la Banda.

V.

En efecto, estaba allí el chato con seis tazas grandes en la mano, metidas la una dentro de la otra.

Detrás de él venian tres hombres cargados, el uno con un

pellejo de vino, el otro con una espuerta con cecina, el tercero con una espuerta de pan.

Púsose todo aquello en el aposento, llamó el de las milicias á los suyos, y á los suyos Zancudo, dióles su racion, echóles vino en un cántaro que encontraron á mano, y fuéronse todos bajo los soportales á comer y á beber.

En aquel punto llegó Miguelo.

VI.

—El capitán, dijo, está tan mejor, que habla y dejan que todo el mundo le vea, y aquello está hecho una romería de soldados de todas partes, y dice el capitán que dentro de quince días monta á caballo, y que si no se han ido los aragoneses, que los echa, y el Sin nombre os da las gracias por lo bien que habeis cumplido lo que se os encomendó, y el capitán os espera cuanto antes, y esto es todo; y venga mi racion, que allá los veo comiendo y bebiendo.

Dió Zancudo medio pan, un enorme pedazo de cecina á Miguelo, y este se fué con los compañeros.

Pero aún no habian acabado de engullir lo que se les habia dado, cuando un largo sonido de trompetas que venia de la parte del camino, puso en alarma á los guardas de la puerta, pero no á Zancudo, que conoció que aquellas trompas eran las de la gente de doña Juana.

—¡Ténganse todos! dijo Zancudo, y dejen quietos el puente y el rastrillo, que con el mucho uso se ponen viejos, que esa que viene, aunque gente de guerra, viene muy de paz, porque es la guarda de la ilustre señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, tutor del rey: hágasela, pues, la honra que la corresponde, y no haya temores.

Esta noticia cambió la situacion de ánimo de los guardas de la puerta, que se tendieron en ala bajo la arcada, con las ballestas al hombro.

Zancudo cabalgó, haciendo cabalgar al Zurdo y á Jusepillo, de los cuales no se separaba un punto.

Cabalaron los ocho hombres de armas, y todos salieron al encuentro de doña Juana, que estaba ya próxima.

VII.

—Gracias, alférez, dijo doña Juana á Zancudo: hemos hecho muy buen viaje: aquí me considero en seguridad: ¿qué noticias teneis de vuestro capitán?

—Que va tan bien, que se propone embestir dentro de quince dias con los aragoneses, si es que dentro de quince dias hay aragoneses por el mundo.

—¡Oh! me alegro, me alegro, dijo doña Juana sonriendo con toda su alma: vamos á buscar una buena posada.

—Mejor posada que mi casa, señora, que está en la plaza del Mercado, y es grande y capaz, dijo el alférez de las milicias, no la encontrará en toda la villa vuesa merced, como no se vaya al castillo, que es feo é incómodo.

—Pues váime á vuestra casa, contestó la Palomilla: guiad.

—Yo no puedo moverme de aquí, porque estoy de guarda, señora, contestó el alférez; pero irá uno de los míos.

Y llamando á uno de los ballesteros de las milicias, le mandó guíase á la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara.

Después de esto y de recibir los honores de su clase, doña Juana, con su acompañamiento, se internó por la población.

CAPITULO XIII.

EN QUE EL AUTOR SIGUE COMO PUEDE SU RELATO.

I.

Era ya muy entrada la hora de la siesta, y el calor se habia hecho intenso, cuando doña Juana llegó á la plaza del Mercado y á la tienda de mercería de Lucas Satorres, que así se llamaba el alférez de las milicias de la villa.

Una rolliza mujer, como de veintiseis años, amamantaba un robusto niño detrás del mostrador, que daba á la misma calle, dejando solo una estrecha entrada para la tienda.

Maravillóse al ver tanto boato delante de su casa, y fué necesario que el ballestero chato, á quien habia enviado Lucas Satorres, dijese á la señora María Bárbara, que su marido habia dicho que aquella señora infanta iba á aposentarse á su casa.

La hermosura, las galas, el gran acompañamiento de doña Juana, afectaron de tal manera á María Bárbara, al saber que